

prohibir curtir pieles encima de las tumbas para no deteriorarlas.

Decir que toda ciudad tenía cerca su necrópolis es lo mismo que suponer que en las proximidades de cada necrópolis había una ciudad. En Los Villares las inscripciones han proporcionado además otras pruebas suplementarias de la existencia de un centro urbano: a mediados del siglo XIX se conocía en esta zona una tercera inscripción, hoy perdida, en la que un personaje llamado *Gallius Fuscianus* hacía constar la donación a su ciudad de una *curia*; es decir, había corrido con los gastos de construcción del edificio que albergaba las reuniones de la asamblea local, del consejo urbano constituido a la manera romana que dirigía la vida de la comunidad. Al tiempo que evidencia un sistema de financiación local, esta inscripción permite hablar de la existencia en el lugar de un municipio al que técnicamente hemos de adjetivar como latino, cuyo nombre desconocemos.

No es imprescindible saber cómo se llamaba la ciudad existente en estos parajes cercanos a Elche de la Sierra; las tres inscripciones citadas son bastante elocuentes. Asentada sobre una suave ladera, la ciudad disponía de un buen control visual de su periferia y gestionaba un territorio en el que no faltan los valles abrigados para el cultivo. Disponía de un centro urbano monumental —pues la *curia* siempre forma parte de un espacio público denominado foro—, estaba gestionada por instituciones de corte romano similares a las miles de ciudades de su época, y su población tenía un cierto grado de cosmopolitismo: eso explica la realización de la estela con la hornacina a la que hemos aludido; quien la esculpió había viajado, conocía el quehacer y las modas escultóricas de otras regiones y quiso imitarlas. No era un profesional de la escultura: difícilmente habría sobrevivido con semejante impericia en su trabajo, pero sabía emplear los instrumentos para conseguir un resultado aceptable.

La ciudad de Los Villares y su necrópolis son un ejemplo de lo que estaba ocurriendo en otras zonas de Hispania. Desde el siglo I antes de nuestra Era la transformación estaba siendo constante, primero en el sur y este de la Península Ibérica y más tarde en el resto: antiguos emplazamientos habitados por indígenas modificaban parcialmente su urbanismo, introducían formas de gobierno romanas y aceptaban las costumbres y modas que llegaban desde fuera. Ellas son, sin duda, la prueba más palpable de lo que ha dado en llamarse Romanización.